



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEÓN

IDEAS DE FIN DE SIGLO

El bautismo de la revolución (1).

(CONTINUACIÓN.)

Ahora bien: ¿quién ha luchado en este siglo contra la revolución? La Iglesia, sí, la Iglesia sola. Es verdad que ella ha sido el blanco principal contra quien se han dirigido los incessantes ataques del racionalismo revolucionario; pero los jefes de los Estados Europeos debieron comprender que tomando parte en la lucha, y colocándose del lado de la Iglesia cumplían con un deber á la vez que defendían sus propios intereses. No lo han hecho y de aquí el que unos después de otros hayan tenido que sufrir las injurias de la revolución, si es que no han caído derribados por la violencia de sus golpes. Ni siquiera han llegado á comprender el juego demasiado hábil de la táctica revolucionaria, á pesar de no ser muy variada. Se limita á hacer odiosa la Iglesia unas veces al poder público, otras al pueblo, siguiendo en esto la dirección de la opinión y de las tendencias del momento.

¿Cómo, pues, nos encontramos á la hora presente con relación á la criatura que se trata de bautizar? ¿Qué progresos ha hecho en su camino de ateísmo y de tiranía? ¿Se ha enmen-

(1) Véase pág. 48.

dado por ventura, ó, por el contrario, no es verdad que sigue obstinada con más fuerza en sus naturales costumbres? Esto es lo que es preciso averiguar para no engañarnos respecto á las disposiciones del catecúmeno. ¿Ha renunciado ya á su plan de eliminar á Dios de la vida social y de imponer á sus gobernados el ateísmo como apoyo de su autoridad?

Efectivamente, si se considera lo que pasa en Francia á la hora presente, no. Si uno mira más allá de nuestras fronteras y se remonta á quince ó diez y seis años más atrás de nuestra historia, ningún gobierno, en la misma América, profesa la negación de Dios. No han querido seguirnos en este camino que conduce al absurdo. Todos reconocen la existencia de un Ser Supremo, de un Señor superior á la criatura, cuya voluntad gobierna al mundo, y que se impone lo mismo al pueblo soberano que á los Reyes y á los Emperadores. De suerte que nosotros somos el único y solo pueblo civilizado sometido al ateísmo en todos los grados de la escala gubernamental. Parecemos satisfechos y hasta orgullosos de esta rebelión permanente contra Dios, que nos coloca en un lugar aparte en medio de las naciones. Ellas oran; nosotros no. Sus jefes entran en las Iglesias y en los templos, y los nuestros se hacen ridículos á fuerza de tomar precauciones para evitar toda sospecha de sentimientos religiosos.

Esta manía se manifiesta por ese empeño decidido de introducir el laicismo en todo aquello que de cerca ó de lejos se refiere á la dirección del Estado. La revolución ha comprendido, en efecto, que ante todo, es preciso alejar á Dios de la Escuela. Y, ciertamente, que lo ha conseguido, y los franceses han entregado sus hijos á maestros, que pueden, según el Estado, tratar á la Divinidad como una cantidad despreciable, y á la religión como una colección de cuentos, á propósito para hacer dormir á los niños. Aunque los herederos del 89 no hubieran hecho otra cosa que introducir este laicismo, habrían hecho ya demasiado para desdicha del país y para contento de sus mayores enemigos. Pero en el buen sentido, ni la historia ha podido detener á estos autores del laicismo en su obra antipatriótica. De Juana de Arco acaban de hacer una heroína vulgar entusiasmada sin duda por cierta *Marsellesa* de su época,

y abandonando su rebaño y su rueca para sentar plaza y llevar una vida de soldado. No hace muchos días se ha visto al jefe del Estado inaugurar una estatua dedicada á esta libertadora, en frente de la catedral, de la que parecía salir después de un solemne *Te Deum*, y toda la gente oficial, que había acudido en representación de la Francia, se empeñó en dar un mentís á la Iglesia y á la historia relegando al más desdeñoso olvido el Dios de Juana de Arco. Uno de los ministros, por una de esas inconveniencias, que pudieran tomarse por una distracción, tuvo la osadía de colocar á la Virgen de Douvremy entre Carnot y Gambetta. Ridículo y extravagante sería cualquiera otro que no siendo general de nuestro ejército, se hubiera permitido semejante comparación. Tenemos que hacernos violencia para no soltar la palabra que se nos viene á la pluma para calificar tales atentados, y nos limitamos á decir que el ateísmo conduce al ridículo antes de hacernos llegar á la estupidez y á los desastres que la Providencia reserva á los pueblos que han tenido la desgracia de olvidar su bautismo y las tradiciones de su fe.

Todavía hay que hacer notar que, si las naciones europeas que tienen tras de sí una historia, no nos han seguido en el camino del ateísmo, tampoco nos han imitado en la repudiación de lo pasado ni de sus tradiciones nacionales. Por el contrario, han mirado siempre como una herencia sagrada lo que habían hecho sus padres por la grandeza y prosperidad de la patria. La idea de «inaugurar de nuevo la historia» no ha entrado en la cabeza de ningún hombre de Estado fuera de esas presuntuosas meditaciones, dadas á luz por el 89. Ni la Rusia, nuestra aliada, ni Alemania, nuestra adversaria, ni Inglaterra, nuestra celosa rival, ni Austria, ni España, ni Suecia, ni Portugal, ni Suiza, ni la misma Italia, se han creído obligadas á renegar de la tradición para fundar el orden social é internacional sobre la razón pura. ¿Por ventura, esta fidelidad á lo pasado no ha sido la que ha permitido á las unas el resistir á las revoluciones, y á las otras á tomar un puesto elevado y á conquistarse una grandeza á costa nuestra y de la que nosotros somos las víctimas?

Por lo demás, si para cualquier pueblo del mundo pudiera concebirse la separación y antagonismo de su fe religiosa y de

sus tradiciones nacionales, para la Francia semejante hipótesis debiera ser del todo inverosímil.

Francia salió cristiana del bautisterio de Reims, y aun en aquellas circunstancias en que la ceguera de algunos de sus Reyes contristó á la Iglesia, sus instituciones jamás dejaron de estar impregnadas de la savia católica.

He ahí por qué, después de la apostasía del 89, que ha pretendido desgarrar el pacto de Clodoveo, la Francia siempre inquieta y siempre agitada, protesta por sus inquietudes y por sus agitaciones contra leyes que sufre, sí, pero que no puede amar por que son contrarias á su temperamento nacional.

El ateísmo ha dado ya sus frutos y por cierto bien amargos. ¿La libertad existe, por ventura, para aquellos que quieren dar á esta palabra su verdadero sentido, es decir, el poder que todo hombre tiene para ejercer sus derechos personales y de moverse dentro de su esfera sin sufrir trabas ó injustos estorbos? No hablemos, si se quiere, de las libertades provinciales ó municipales; ya no existen: El poder centralizador ante todo y sobre todo, trata al municipio como si fuera un menor á quien no se le permite gastar un céntimo sin la licencia de su tutor. Es un niño con andadores, como lo es todo organismo del Estado, á quien se le deja vivir á condición de dejarse matar cuando le plazca á su señor. En desquite se le autoriza para ir con frecuencia á las urnas á votar, pero á condición de conducir á los electores al paso de la Constitución, es decir, como se conduce á un rebaño á quien se lleva al encierro bajo pretexto de libertad.

Hemos hablado ya de la escuela, y efectivamente si hay en el mundo algo que deba ser libre nada más digno de serlo que la conciencia del padre de familia y su autoridad con relación á la educación de sus hijos. Pues bien, la revolución no conoce semejante libertad. Ella dice á los padres de familia, vosotros os veréis precisados á mandar á vuestros hijos á las escuelas sin Dios, pagaréis con vuestro dinero los maestros escogidos por mí, y si no os agradan, seréis libres para pagar á otros después de haber pagado á los míos. Yo tendré mis programas, mis exámenes, mis concursos y tendréis que soportar y someteros á mis métodos para formar el juicio, la inteligencia y el corazón de vuestros hijos. Las puertas de todas las carreras estarán cerradas

para ellos, si sus títulos no llevan el sello del estado. ¡Y á esto llaman libertad de enseñanza!

Si os llega la hora de la muerte, como es más que probable, entonces el Estado, siguiendo las doctrinas del 89, os advierte que teneis que arreglar las disposiciones de última voluntad con sujeción á un orden y á una fórmula, de que él sólo posee el secreto. ¡Y á esto se llama libertad de testar!

Si sois católicos, y al morir queréis legar á la fábrica de vuestra parroquia algún dinero con destino á los pobres, á fundaciones de misas ó á otras obras de piedad, todo esto tendrá que ir al consejo de Estado y habrá que someterse á su voluntad que podrá, si le place, anular la vuestra y privar á vuestra alma de las oraciones con que debíais contar y á las que teníais legítimo derecho.

Si por ventura consideráis como muy edificantes y muy morales las manifestaciones externas y públicas del culto y no véis en ello peligro alguno, ni para el Estado ni para la sociedad; la revolución os advierte que os equivocáis, y os mandará un comisario para impedir el tránsito de Dios y de los santos por las mismas calles por donde transitan y pasean libremente las turbas de la locura y de la inmoralidad. ¡Y esto lleva el nombre de libertad religiosa!

Si sois soldado, oficial ó general, y si habéis conquistado vuestros galones, vuestros grados y el bastón de mando noble y justamente, claro es que todo esto os pertenece de derecho sin que nadie pueda disputaros la propiedad, y por lo tanto, tenéis el derecho de ostentarlos en cualquiera sitio en que os encontréis. Pues no es así. La revolución en la persona de un ministro cualquiera os ordena quitaros esas insignias si queréis tomar parte con vuestros hermanos los católicos en la celebración de una fiesta que no sea exclusivamente republicana,

Habéis acaso elegido para vuestra mansión una que tiene el título de religiosa. Para tranquilidad de vuestra conciencia habéis creído conveniente apartaros del mundo para consagraros á la oración, al apostolado y á obras de caridad. Los *gloriosos padres* no pueden llevar esto con paciencia, y por eso han tratado con bastante inhumanidad á todo ciudadano que ha tenido la osadía de querer disponer así de su persona y de su tiempo,

Los han arrojado á la calle para después arrastrarlos al patíbulo.

También los hijos procuran elevarse á la altura de sus padres, y como ellos, derriban las puertas de los conventos. Ahí tenéis la libertad de conciencia que impone al militar actos de vil cobardía y fuerza al religioso á salir de su altar.

Después de la libertad, nada hay para la sociedad ni más fundamental ni más profundamente ligado á la naturaleza y al derecho que la propiedad. Pues bien, ese pillastre y ladronzuelo del 89 se manifiesta siempre con relación á la propiedad, con la misma codicia y con la misma desvergüenza. Sería fácil demostrar que el impuesto desmesuradamente creciente por un despilfarro que no tiene nombre, y sobre todo, por el voto de leyes, no solamente inútiles, sino manifiestamente contrarias al bien del país, se ha convertido frecuentemente en un robo al descubierto bajo el nombre de contribuciones directas ó indirectas. Si á esto se añade esa parte exorbitante que entra en las cajas públicas bajo el nombre de derechos de sucesión, de ventas y traslación de dominio y otros por el estilo, se llega indefectiblemente á esta conclusión que el Estado es el único y el verdadero propietario. De propósito nos abstenemos de hablar de ese impuesto á que se ha dado el nombre de *aumento* ó *abono* que ni aun en apariencia puede justificarse y que viene á convertirse en un despojo más odioso quizá que el de la asamblea constituyente por lo mismo que es más hipócrita.

La igualdad, tal como la entiende y practica la revolución, ha dado ya también sus frutos, y desde luego ha desencadenado todas sus concupiscencias y apetitos desordenados. A fuerza de oír decir que los cargos del Estado son accesibles á todos, ha venido á concluirse que todos son igualmente capaces para desempeñarlos. De ahí ese tropel de aspiraciones furiosas á los empleos públicos, y por una inevitable contradicción del principio mismo de la igualdad, el recurso al favor para obtener por este medio lo que el talento personal no puede merecer. La plaga de la empleomanía se extiende sobre todo el cuerpo social hasta el punto de cubrirlo todo de una turba de parásitos que le devorarán. Hoy tenemos cien empleados allí donde en otro tiempo serían suficientes diez para servir al país. ¿Será quizás la mediocridad ó la incapacidad lo que obliga hoy á confiar á cuatro ó cinco

lo que uno sólo podría desempeñar? Que la *igualdad* ha producido entre nosotros una medianía demasiado general, esto es lo que han observado todos los hombres que saben darse cuenta del valor del genio y de los esfuerzos de que es capaz para cumplir sus obligaciones. Pero es preciso buscar también las causas de esta disminución de la virtud humana en el afán de encontrar un trabajo fácil, suficiente, sin gran fatiga, con las ventajas de honores y distinciones anejos á los puestos oficiales. Que todos sean empleados, esta es para un gran número de personas la verdadera fórmula de la *igualdad*. La verdad es que el socialismo es el que se manifiesta más lógico en este punto para sacar la consecuencia legítima de los principios del 89. Pero si cada día va progresando y ganando terreno, si se coloca sólidamente sobre las posiciones conquistadas, ¿á quién deberán atribuirse esos triunfos sino á la lógica, que siempre y en todos terrenos es una fuerza incontrastable? Por lo demás, apenas los defensores de esa *igualdad* han llegado al poder, lo primero que procuran es cerrar la puerta de la casa á todo el que no pertenece á su partido político; de donde resulta, que el principio mismo que debiera satisfacer á todo el mundo, y calmar las agitaciones sociales, es precisamente la causa de todas las turbulencias y trastornos, excitando todas las ambiciones y concupiscencias. De aquí el que se haya perdido todo respeto á la jerarquía necesaria en toda sociedad. Y por este menoscabo á toda autoridad, aplicado y extendido hasta la familia por una disminución de los derechos de la patria potestad, es como el código nacido de la revolución ha derribado y destruído un sentimiento tan necesario para la defensa de la sociedad, que no será posible sustituir por ninguna otra fuerza extraña.

No queremos hablar de la *fraternidad* en el sentido que la entiende la revolución. Bástanos considerar que esa fraternidad fundada en la razón pura, desencadenando todos los malos apetitos y exaltando á la pobre naturaleza humana, se ha señalado en este siglo, por todas las discordias, por todos los odios y muchas veces por luchas sangrientas. Hoy mismo basta un ligero desacuerdo para producir en el parlamento fracciones irreconciliables y sembrar en el país gérmenes de discordia que no tardan en desarrollarse.

Ateísmo, laicismo, supresión de la libertad de conciencia, de los derechos del padre de familia, atentado contra la propiedad y la justicia, desencadenamientos de todas las humanas concupiscencias, camino abierto al socialismo, esto es todo lo que debemos á los principios del 89, y á la revolución que los ha aplicado con todo rigor en nuestro país, sobre todo desde hace diez y seis ó diez y siete años. ¿Es este, por ventura, el catecúmeno que se pretende bautizar? Oigamos lo que dice la Iglesia.

V.

A medida que ha ido avanzando en este siglo la revolución, ha encontrado en sus diferentes etapas un Soberano Pontífice, dispuesto á atajarla en su camino. Gregorio XVI, Pío IX, León XIII, se han colocado al frente de ella. Todos ellos han venido con oportunidad y á su tiempo para defender la sociedad cristiana y cada uno ha empleado en esta defensa el carácter y energía que reclamaba el ataque. M. Lamy, en el artículo que hemos citado, nos da á conocer con bastante claridad el papel que en tales circunstancias ha representado cada uno. Gregorio XVI condena las demasías de hombres, bien intencionados, sin duda, pero víctimas de una ilusión tan peligrosa como seductora. Pretendían que la Iglesia rompiese con los gobiernos y se tornase á la democracia, Tal doctrina, llevada por el jefe de esta escuela hasta las últimas consecuencias y en la ocasión que se presentaba, tenía algo de revolucionaria, si no en el fondo, al menos en la forma. puesto que se encaminaba nada menos que á la separación de la Iglesia y del Estado, lo que la revolución ha traducido siempre por la dominación del Estado sobre la Iglesia. El Soberano Pontífice no permitió que el error pasase bajo la máscara del genio y de la libertad, y la revolución, viéndose al descubierto, cambió de táctica. Puso en juego todos los medios y todos los ardides con objeto de engañar al sucesor de Gregorio XVI, y Pío IX, un momento seducido por las protestas de amor, no tardó en conocer por propia experiencia la hipocresía revolucionaria.

(Se continuará).